Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 5

San José, Costa Rica **1926** Sábado 7 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Elogio de Gutiérrez González

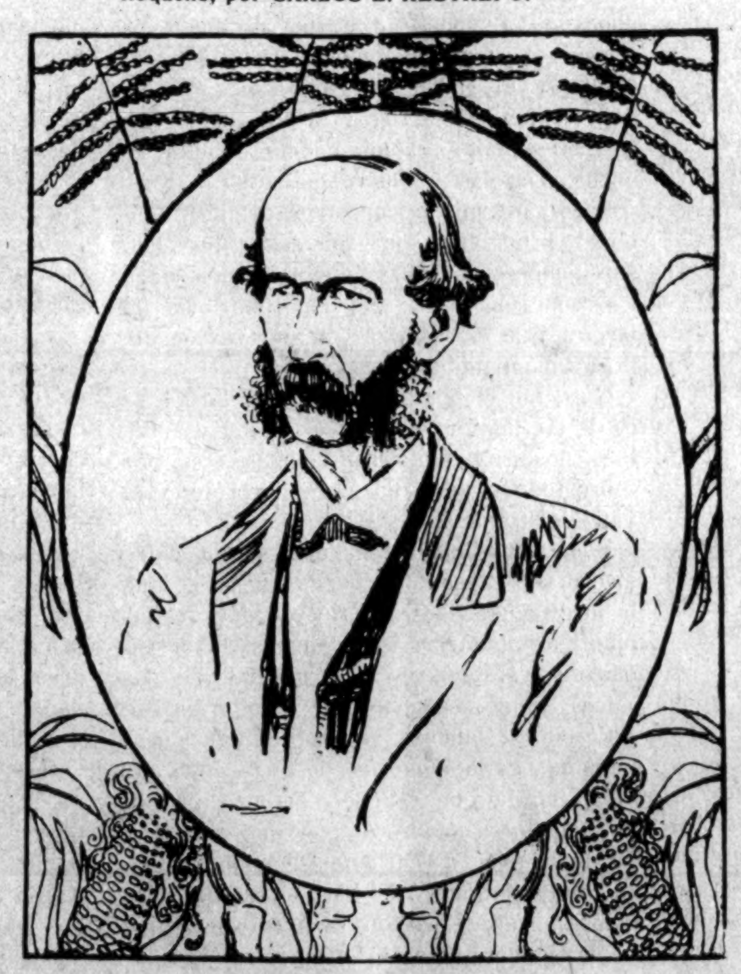
Oración pronunciada en Sonsón, el 9 de mayo de 1926, como mantenedor de los Juegos Florales, con motivo del primer centenario del poeta antioqueño, por CARLOS E. RESTREPO.

Señoras y señores:

Es la oración. Arrulla la madre al hijo, meciendo la cuna blanca; y al vaivén del compás con que lo aduerme va modulando canciones ingenuas en que se enhebran los días de su propia niñez cándida, los sueños ardorosos de la juventud, el mundo para ella nuevo y espléndido de la maternidad, y el futuro del recién nacido, que la conturba y la halaga, que la oprime de temor, pero a la vez le hinche el pecho de ambiciones. Canta la madre y no sabe por qué; pero lo necesita para recordar y paladear la dicha, para amar y sufrir y resistir; para esperar y soñar y vivir.

Mirad al niño: aún no da los primeros pasos vacilantes ni sus labios balbucean las iniciales sílabas rebeldes, y ya runrunea cadencias cuando se va a quedar dormido o acompaña con ritmo inarticulado la oración materna. Hecho un personaje de seis años, no entra al cuarto oscuro ni recorre la vereda en sombras ni persigue mariposas ni oye sonar el agua del arroyo, sin que se dé ánimo o se expanda con canciones infantiles que salen de su boca sin saberlo, Para él es el canto virilidad y regocijo, consuelo y vida.

Recordad la escena montañera y familiar: al vadear la quebrada, al paso de la mula filósofa y tarda, aparece en el lavadero la moza garrida y quinceañera; recogida la falda y al aire la rosada pantorrilla; golpea que golpea la ropa sobre la piedra; tiemblan todos sus primores al ir y venir del brazo en la afanosa enjabonada; y canta... canta como las aves en notas no aprendidas, con voz que le sale del pecho y del alma, porque lo necesita para acompasar la brega, para arrullar su amor naciente, para decir sentires que las palabras no pueden, para bordar ilusiones que, como las pompas del jabón, se ensanchan, se irizan y se esfuman.



Gregorio Gutiérrez González
1826 - 1926
(*El Tiempo*, Bogotá)

El **9** *de mayo pasado celebró Colombia el primer centenario del nacimiento de este gran poeta.*

Para nosotros, los hijos de la montaña, sería imposible concebir el ascenso de una cuesta o el cruce de un barrizal por una recua seguida de arrieros en silencio. Si éstos no se arrancan en cantares bravíos, ni ellos tienen ánimos ni las bestias se mueven. Pasa otro tanto con todos los recios laboradores de estos agrios breñales, desde los mineros que alternan picantes trovas en la profundidad de los socavones hasta la cuadrilla que escala las cumbres, «buscando en dónde comenzar la roza» y que las gana y las doma al són de la «guavina dejativa y ruda».

De edades remotísimas nos llegan los acentos plañideros con que los vivos lloran a sus muertos, y que la Iglesia ha consagrado en las graves notas gregorianas. De rodillas, en medio de la nave solemne y enlutada, al pie del cadáver querido, cuando estalla el *Dies irae* o retumba el *Miserere*, ¿quién no siente la evocación y la presencia de la vida y de la muerte, del tiempo y la eternidad?

Ved, pues, de qué manera tan íntima y espontánea, el canto acompaña al hombre en la cuna y en la infancia, en la juventud y en el amor, en el trabajo o en la esperanza, en la meditación y en la muerte: y así, armoniosos, me imagino que fueron los esponsales de la primera pareja humana, y así ha de ser hasta que ya no se ame sobre la tierra: esto es, hasta que deje de latir el último corazón.

Poeta! Poeta entero es aquel que sabe recoger hasta las palpitaciones de la vida de un pueblo, de una región, de una raza, y darles forma artística y duradera; es un Intérprete, por cuya boca habla y actúa la comunidad: es influído, porque recibe los sentimientos y la acción ajenos; influye, porque los devuelve convertidos en obras inmortales. Entre lo cantado y el cantor hay compenetración tan sustancial, que es imposible separarlos. Los merecimientos del músculo que labora y las palmas que se lo disciernen, son mereci-

mientos y palmas debidos a quien supo convertirlo en Arte. En este sentido sí que es cierto «que las glorias de Aquiles son de Homero».

Vate, adivino! Ya es algo más que Intérprete y que Poeta: es el inspirado que prevé el futuro y que lo exalta; el que rasga las nieblas del porvenir y lo muestra luminoso; es Juan, el de Pathmos, que escala los siglos venideros para subir a la cima suprema donde resplandece Dios.

Por estas reflexiones podemos advertir cuán lejos—cuán infinitamente lejos—está del poeta y del vate, el modesto versificador que se limita a rimar consonantes. Y también que los grandes intérpretes o adivinos pueden serlo en cualesquiera de los dominios del Arte; lo que se requiere es que éste, en forma excelsa, sea el reflejo de hombres o de pueblos.

Vive en Homero toda Grecia, con sus dioses primitivos, infantiles y fieros a la vez; con sus hombres heroicos y sus mujeres apasionadas; allí, la vida del campo con sus labores y la de la mar con sus misterios. Dante no sólo es el pintor de las querellas locales de Florencia y de su tiempo sino que interpreta el alma vibrante y sutil, ondulosa y refinada de sus compatriotas, los únicos capaces de realizar doscientos años más tarde el milagro divino y humano del Renacimiento. Shakespeare no se limita a dar la imagen perfecta de la psicología de sus connacionales, brumosa y grave, sólida y ordenada, sino que—buzo de almas—descubre en ellas pasiones, torpes o aladas, de avaricia o grandeza, de sangre, de celos, de locura y de amor. Y Cervantes, nuestro enorme hermano racial, no sólo interpreta a la España de la caballería y la conquista, del valor y la audacia, de la picardía y de la jácara, sino que estudia la humanidad en su raigambre más honda y la exhibe en arquetipos espirituales de duración eterna.

Esta interpretación del Arte por el hombre y del hombre por el Arte fué bien determinada por un crítico de cerebro y de corazón que dió a la Gioconda—maravilla ni superada ni superable—un valor universal de vida y sabiduría. Vió en ella a la primera mujer, cuando la tierra fué joven; a Cleopatra con sus días y noches de lujuria y con la animalidad de su alma en fuego; a la Grecia del paganismo, con la turbulenta Helena; y a Palas Atenea que sopla al oído de Mona Lisa el secreto de los dioses.

Vió en ella a María visitada por un ángel y seguida por los Magos que descubrieron la estrella del Oriente. A las Vestales de la Roma pagana que encendieron el fuego de las vírgenes, y a las esposas de Cristo, hechas girones en el Circo. A Santa Cecilia, la madre de la música y la Hermana de la Caridad que recorre la tierra curando los dolores del cuerpo y del espíritu. El divino Leonardo escribió la historia de la vida perpetua en aquel rostro para que los hombres la leyesen en él y comprendieran.

Se hace más sensible la actuación recíproca entre la materia y el alma, entre la naturaleza y el hombre, observándola en un escenario querido y familiar. Miremos a los mejores representativos del pensamiento artístico en Colombia: José Eusebio Caro es el esteta refinado, hijo de la España culta, que canta sutilizando el espíritu y adelgazando el corazón; sus estrofas son algo consusbtancial con los salones elegantes de la semicortesana Santa Fe. En las oraciones y en la poesía de Julio Arboleda vive su vida épica y combativa un pueblo heroico y legendario. La melancolía del mar y sus arcanos, las ondulaciones cambiantes de sus ondas, sus calmas y tempestades, forman eco hondo y sonoro en el corazón y en el cerebro de Rafael Núñez. Y nosotros, señores; nosotros estamos todos, con brazo y mente, con vida y corazón, con nuestro difícil pasado, nuestro prometedor presente, nuestro áureo porvenir; con sudores y trabajos, con desfallecimientos y victorias... estamos—digo—vivimos y somos en la literatura vernácula de Gregorio Gutiérrez González.

Coinciden estos cuatro personeros del alma de Colombia en cantar al amor: es porque el amor no reconoce ni patria ni fronteras, ni castas ni condiciones; no se deja limitar por la tierra ni por los mares; y como éstos es hondo, como aquélla es ancha y es vasto como el universo.

Pero cada uno de nuestros grandes cantores—y por ello son grandes, y por ello sus nombres no habrán de olvidarse nunca—resume una parte del alma nacional, la inspira y la caracteriza con relieves de belleza inconfundible.

Caro fué el poeta del espíritu; Arboleda el de las lides épicas; Núñez el del océano. Para nosotros, Gutiérrez González es, por sobre todo y ante todo, el intérprete y el vate del trabajo.

Basándonos en la influencia mutua entre el cantar y lo cantado, puede afirmarse que la inspiración de Gregorio es hija de las labores montañesas, así como la laboriosidad de la Montaña tiene muchas de sus raíces en la inspiración de Gregorio. Me refiero especialmente a esa égloga virgiliana que es la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, en la que el poeta arrancó al agro antioqueño su mejor canto, y que, a la vez, ha dado ánimos y triunfos al empuje laborador de Antioquia. El bardo y la tierra se compenetran: el bardo es un espejo que copia y hermosea el campo roturado y fecundo, y la estrofa se convierte en instrumento de trabajo.

El verbo, si tiene alma y es encarnación, no es vano ruido sino que es energía y acción. No han sido sido sencillas palabras rítmicas *La Marsellesa*, y *Tipperary* y *La Madelón*, sino atrevimiento y sangre, armas, luchas y victorias.

Este progreso nuestro, que apenas es inicial, y un algo revuelto y loco, pero que palpita con vitalidad prometedora, desde el Golfo de Urabá hasta «las fuentes hoscas del Guarinó»: del Magdalena sediento al Quindío ubérrimo, hijo es—en mucha parte—de Gutiérrez González, que supo hacer de cada verso un utensilio de labranza, fino y reluciente, al igual del machete brillador que *socola* el monte, del *calabazo* que cabrillea en el barbecho y de la azada que prepara el surco vividor; al igual del hacha acerada y filosa, que asida y levantada por brazos nervudos, ha relampagueado en selvas y marañas, en hondonadas y cumbres, como símbolo del trabajo y bandera de las energías de un pueblo.

De este modo, en mucha y bella parte, el progeso de Antioquia—la Antioquia grande y vieja—y el de las regiones fronterizas que ella ha colonizado, nació de la inspiración gregoriana. La poesía fácil, insinuante y conceptuosa de Gutiérrez González se ha infiltrado como licor generoso en las venas de nuestros montañeses: los ha despertado en los amaneceres de la labor temprana, fortalecido en los desfallecimientos de la solana tórrida y regocijado en las melancolías de las tardes brumosas; ella les ha dado vigor y frescura en los climas insalubres y cálidos, abrigo en los páramos andinos, y—en fin—lo que vale más que todo, al calor de los cantos de Gregorio se reunió la familia en las veladas de la «casita blanca», se derritieron de amor los corazones lozanos y se formaron los hogares montañeses, honrados, trabajadores y fecundos, como los hogares de la Biblia.

Así se explican y se enaltecen estos regocijos de Antioquia y estos torneos intelectuales, en honra y gloria de quien, hace cien años, recibió el primer rayo de luz y el destello precursor de los predestinados. Y cuánto es justo que Sonsón encabece estos espléndidos festivales, si fué aquí donde el poeta sintió el soplo divino de su estro; las palmeras de vuestros ríos y el cuerpo de vuestras mujeres le dieron las líneas de las estatuas griegas; las colinas del altiplano y vuestros contornos femeninos le enseñaron las leyes de la armonía; la piel de los duraznos y el rostro de vuestras damas le dieron todas las suavidades; la naturaleza y vuestras doncellas le revelaron los encantos sagrados de la virginidad.

A la vez, al conjuro de los cantos de Gregorio surgieron de la selva los plantíos, las vegas se cubrieron de ganado, se rompieron los socavones de las minas y en las faldas se alzaron las cabañas. Así se formaron caminos maravillosos como los que nos rodean y surgieron estas ciudades de ensueño que, como la vuestra, son proceras en la historia, orgullo actual de la patria y una de sus mejores promesas en el grandíoso porvenir que llega.

CARLOS E. RESTREPO

(*El Espectador*, Suplemento Literario. Bogotá).

Tres amores

De Julio Arboleda, José Eusebio Caro y Gregorio Gutiérrez González.

SUMADA la vida de estos tres poetas, se hace un siglo y veintiseis años: Arboleda vivió cuarenta y cuatro, Caro treinta y seis y Gutiérrez González cuarenta y seis. Los tres se casaron muy jóvenes: Gregorio a los veinticuatro años, Julio a los veinticinco y José Eusebio a los veintiseis. Del primero fué esposa Juliana Isaza, del segundo Sofía Arboleda y del tercero Blasina Tobar. Viven en Bogotá hoy las tres musas de esos poetas, rodeadas de abundante y cariñosa familia, de nietos juguetones a los cuales la muerte privó de los cantos de sus abuelos ilustres.

Antes de que el amor les fijara definitivamente su centro, Caro y Gutiérrez González tuvieron pasajeros caprichos. El uno y el otro sentían necesidad, urgencia de cariño y de afectos vehementes; y aunque el corazón de Caro rebosaba de amor por su padre, como en cada uno de sus versos se siente y se admira, y aunque Gutiérrez González viviera en la dichosa compañía de estudiantes que lo quisieron muchísimo; no obstante, el amor filial no era para el uno suficiente, ni para el otro la animada fraternidad de los claustros. Caro dejó en sus versos recuerdos de esa primera pasión que tuvo origen en el año de 1853 (por febrero). Según su hijo Miguel Antonio, fué pasajero amor de un mes y le cantó la muerte en *Mi Amor* y *¡Pobre Amor tan bello!* «Estas dos delicadas elegías—continúa Miguel Antonio — comparecen en el original bajo el encabezamiento común de *Transición*. En la primera dice Caro, retratando, cual Tintoreto a su hija muerta, aquel celaje tan pronto desvanecido:

»Como tras las montañas
hundiéndose la luna
se pinta en la laguna
que cercan tristes cañas;
como el dormido infante
en rápido embeleso
aun de la madre amante
recuerda el primer beso;
como la voz del mundo
en torno al moribundo,
tal con vivo fulgor
brilló fugaz mi amor».

Gutiérrez González amó con vehemencia. Era estudiante aún muy joven y conoció entonces a una bella señorita en Bogotá, de la cual se hizo adorador fervoroso. Salvador Camacho Roldán pinta a la heroína y la naturaleza de sus amores: «Una virtuosa y bella señorita, de grandes ojos rasgados y dulces, a quien vió alguna vez en una ventana, le inspiró una pasión semejante a la de Petrarca por Laura, de quien sólo creyó el cisne de Arezzo tener respuesta afirmativa a las fervientes declaraciones de sus sonetos, veinte años después de la muerte de ésta; declaración que, probablemente, por venir del cielo, más distante de la tierra que las más apartadas nebulosas, tardó tanto tiempo en el camino. Mas no por esto era menos intensa, y aun podemos decir, menos fantásticamente verdadera la pasión de nuestro poeta. Parecía presentir a este ídolo convencional, antes de verle, en los tumultuosos latidos del corazón; poníase pálido y en ocasiones era necesario sostenerle y casi arrastrarle, si la bella Temilda llegaba a pasar cerca de él. Complicóse esta afección erótica con alguna enfermedad real que producía palpitaciones desordenadas en el corazón, y habiendo consultado a un eminente Profesor de Medicina, cuyos fallos eran reputados inapelables, éste creyó encontrar señales de una aneurisma muy adelantada, y le aconsejó discretamente regresar sin demora a la casa de sus padres».

El médico era el doctor Cheyne, y el día de este tremendo diagnóstico el 16 de diciembre de 1846: — «Su enfermedad lo hará morir a usted antes de un año», había dicho a Gregorio Gutiérrez, y ese mismo año, y por esos mismos días, José Eusebio Caro le dirigía una poesía al médico, en que, sobre el supuesto de que moriría de un mal incurable al corazón, ponderaba su ciencia y sus virtudes:

«Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
que sabes del dolor y de la muerte
salvar a los demás pero no a ti?»

De modo que al mismo tiempo que el doctor Cheyne desahuciaba a un gran poeta, otro gran poeta lo desahuciaba a él... Y Caro murió primero que el médico, y Gregorio a los treinta y siete años del pronóstico!

Temilda no quería demasiado a Gregorio, porque él al despedirse le cuenta una pesadilla espantosa:

«Y sofucado en negros pensamientos
la sien del lecho, delirante alzaba,
y en mi febril agitación veía
tu desdén... y mi tumba abandonada».
....
«Por ti al sepulcro, desdeñado bajo,
buscando en él la apetecida calma;
y nunca sentiré sobre mi losa
de tus ojos divinos ni una lágrima».

¿Quién es Temilda?—Vive, según se nos ha dicho, en Bogotá, donde la conoció Gregorio Gutiérrez, rodeada de las mayores consideraciones sociales. Vivirá en los versos del poeta antioqueño con la pasión desesperada de un primer amor desgraciado.

Los versos de Julio Arboleda arrojan poca luz sobre el movimiento de su alma, si no es en las vulgares sátiras políticas, que son despreciables, véanse como se vieren, o en algunas composiciones como *Me ausento*, en la cual asoma una pasión contrariada:

«Y con la mano trémula apartóme,
sustrajo a mi cabeza su regazo,
huyendo de mi amor y de mi abrazo
y de su propia tímida pasión.
Y yo la ví de lejos, reclinada,
puesta la mano trémula en la frente,
de un caduco deber llena la mente
y del amor presente el corazón».

Pasión contrariada, de la cual se hace reminiscencia en la última estrofa de *Gonzalo de Oyón:*

«.......................................
«¡Ay, infeliz del que a mujer adora!
Que a otro el eterno en sus decretos dió!
¡Ay! infeliz del que a piedad movido
llama de amor antiguo resucita!
¡Ay, infeliz del pecho que palpita
por un bien que la suerte le robó!»

Solamente en una composición, la menos repugnante de las políticas, Julio Arboleda se dirige a su esposa:

«Mi bien, mi amor, mi angelical Sofía,
adorno de mi casa y de mi nombre,
la flecha huyendo de mi pecho de hombre,
va de rechazo a herir tu corazón...»

Y en otra, de la cual un biógrafo hace mención, pero que no aparece en el volumen de sus versos, publicado en New York, se despide de la dama, «modelo de gentileza y de virtud, a la que después tomó por esposa (1842)», de este modo:

«En vano, en vano palpita
mi corazón al dejarte;
es preciso para amarte
virtud y gloria tener.
Si cobarde me creyeras
me despreciaras villano;
más que recibir tu mano
yo la quiero merecer». (1)

No nos parece Julio Arboleda, como poeta, a la altura de Caro y Gutiérrez, porque ni su pensamiento es tan profundo como el del primero y tan vigorosa su estrofa, ni tuvo jamás el encanto y el lujo de los versos de Gregorio. Tiene, es cierto, admirables períodos, sobre todo en *Gonzalo de Oyón*, que salvan a esa obra, por otra parte de combinación métrica tan fastidiosa. Cuando juntamos aquí estos tres nombres lo hacemos porque generalmente se dice al hablar de nuestros grandes poetas: «Caro Arboleda, Gutiérrez González».

—

El amor de Gregorio por Julia es tranquilo, lleno de mutua confianza, y aparece en sus versos sin alternativas, sin zozobras. Desde la primera composición de 1850:

«Juntos tú y yo vinimos a la vida,
llena tú de hermosura y yo de amor;
a ti vencido yo, tú a mí vencida,
nos hallamos por fin juntos los dos!
....
»Y tu mano en mi mano, paso a paso,
marchamos con descuido al porvenir,
sin temor de mirar el triste ocaso
donde tendrá nuestra ventura fin»,

hasta los últimos de 1869, tres años antes de su muerte:

«Así te dije. ¡Oh Dios... quién creería
que no hiciera milagros el amor!
¡Cuántos años pasaron, vida mía,
y excepto nuestro amor, todo pasó!

---

(1) «Merecida ha de ser no arrebatada».—QUEVEDO, MUSA VII.

Digan nuestros lectores si esta reminiscencia y la que hace notar el señor Cuervo en sus *Apuntaciones*, y muchas otras que pudiéramos indicar si fuera nuestro prepósito roerle los zancajos a este poeta guerrero,—que tomó del italiano, del Duque de Rivas y de Espronceda los pocos versos que pueden obtener para él la estrecha inmortalidad colombiana—no nos autorizan para creer que Arboleda va a la zaga de González y Caro, como un buen monitor, que recita la lección aprendida, junto a un ingenio que inventa.—*(Nota del Autor).*

....
»Basta para una vida haberte amado:
ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo... he vacilado,
mas sólo incontrastable hallé mi amor.
....
»Mas de la vida en la penosa lucha,
ya en el fin, como yo debes hallar
un consuelo supremo: Julia, escucha:
si no como antes, nos amamos más».

Lo contrario sucede «en la pasión inmortal de Caro por Delina». El la cuenta con una sencillez admirable en sus preciosas cartas íntimas escritas desde los Estados Unidos; la describe minuto por minuto, hora por hora, en sus versos, que pueden llamarse suculentos porque mantienen el entendimiento. En país extranjero, Caro vivía como solo, «como el que tiene los ojos empañados con una tela: esa tela que los empañaba era mi amor y tu memoria», dice a su esposa en una carta escrita en diciembre de 1850: «Volvía a ver la tarde en que por primera vez te conocí, cuando por primera vez oí tu voz tan dulce en el balcón, cuando se me obligó a que entrara... y yo deseaba entrar y sin embargo entré temblando, porque esa voz tuya, tan dulce, esa voz que oía entonces por la primera vez, lo había dicho todo a mi corazón! Volvía a estar en aquella misma sala cubierta de colgaduras amarillas, cuando por la primera vez me senté a tu lado; cuando yo, pobre miope desde mi infancia, pude ver tu figura radiante cerca de mí. Sí, volvía a verte tal cual eras entonces, cuando comprendí todo lo que valía tu amor, cuando tímido adolescente, estudiante que ignoraba el arte de hacerse amar, hubiera dado mi sangre por poseer una varilla mágica que al tocarte te hubiera animado con el amor que animaba ya al que después había de ser tu esposo. Oh! ¿qué no daría yo ahora por poder retrotraer los tiempos, por volver a reproducir aquel instante, por haberte declarado desde entonces, delante de todos, en voz alta, con el temblor de la pasión, de rodillas a tus pies, este amor implacable que debía ser, de ahí en adelante, el perseguidor de todas mis penas, el delirio y la fiebre de todos mis días? Oh! ¿qué no daría yo ahora por volver a ser niño, para haber corrido a tu casa a enamorarte desde tu cuna, a darte toda mi vida desde mis primeros días, a ser para ti lo que para Virginia fué Pablo! a servirte desde entonces de padre, de madre, de hermano, de amigo, de maestro, de esclavo! a reír con tu risa, a llorar con tu llanto! a preocuparte desde entonces con mi imagen, a alimentarte desde entonces con mi amor, a hacer que el que después había de ser el padre de tus hijos, llenara de tal manera todos tus instantes, que no pudieras recordar en ningún tiempo un momento solo en que ese antiguo y tierno compañero de tu infancia no te hubiera envuelto con su amor, con su respeto, con su ternura!»

En otra carta fechada en San Thomas, el 19 de diciembre del mismo año, Caro dice a su esposa: «¡Cosa extraña de veras! que este amor que te tengo lejos de debilitarse con el tiempo y con la distancia, por el contrario se aumente con los años! Torres (un compañero de viaje) me lo ha confesado: yo soy, dice, el único marido que haya visto rigurosamente fiel a su mujer y que esté *enamorado* de su mujer.

»Hay en los cuentos de las *Mil y una noches* un anteojo mágico con el cual, a cualquier distancia podía verse lo que se quisiera. Yo querría tener dos anteojos de esos: uno para tu uso, para poner a tu vista mi vida entera, todas mis acciones; otro para mí, pero no para usarlo sino para echarlo al mar apenas lo recibiese. Sí, yo quiero poner a tu disposición y en tu completo conocimiento hasta mis últimos pensamientos; en cuanto a los tuyos, no quiero tener otra seguridad, otra garantía, que tus palabras y tu fe.

—»¡Oh! ¡no me olvides! De rodillas ante tu fantástica imagen, pues no poseo ni un retrato tuyo, por la sagrada memoria de nuestra querida Antonia, te ruego que no me olvides! Cualesquiera que sean mis defectos; sí, por mucho que me falte para merecer tu amor, mi corazón lo compensa y lo suple todo!¡ Nadie—estoy seguro de ello— nadie ha querido a su querida, nadie ha amado a su mujer como yo te adoro a ti!»

Luego sueña el desterrado en planes fantásticos de amor. Desea la riqueza para poder vivir en Francia o en España, donde Delina estuviese más contenta, y convertirla en su «sola ocupación», en «su único y dulce estudio».

En el destierro, nunca se apartó un instante de la mente del poeta el recuerdo de la mujer querida.

Cualquier cosa, un accidente del terreno, un bello día, servíale para evocar los cuadros de su amor. En presencia de la naturaleza de la zona templada, traía a la memoria la de nuestros valles tibios de Ubaque y de La Unión, y hacía desfilar con un arrobamiento ingenuo los distantes paisajes de días lejanos: — «Me acordaba, dice, de Ubaque... de aquellos dulces paseos que hacíamos algunas veces al puente, otras al camino de Fómeque; cuando íbamos por la mañana a tomar leche fresca con los muchachos y con Margarita; cuando íbamos por la tarde y nos encontrábamos con los indios, borrachos, que bailaban o dormían. Me acordaba también de Chapinero.., de aquellos paseos que dábamos al río a bañarnos! ¡de aquellas dulces mañanas! ¡de aquellas dulces tardes, de aquellas dulces noches! ¡Oh dulces horas! ¡oh dulces misterios de los corazones que se aman! ¡oh dulces secretos!... Después de haberos conocido, es necesario confesar que el hombre puede ser feliz, verdaderamente feliz, ¡ay! ¡tan feliz como yo lo he sido!» Lo mismo que decía Gregorio a Julia:

«Basta para una vida haberte amado».

El amor de Caro es un drama lleno de incidentes que él relata con pasión cada vez más creciente, en sus versos. Se ve allí al gran poeta, rendido al amor, temblar por su dicha, entusiasmarse, desfallecer, anonadarse y tener nuevas esperanzas. Pero su estrofa es casi siempre magnífica; estupenda, cuando los inconvenientes, las sospechas, los celos, lo cercan y tiene él que alzarse por encima de esas vicisitudes de la vida, para proclamar, en voz solemne, su amor, que cree inmortal y que es entonces fantástico. El se siente y se describe:

«¡Oh! si me amaras tú!—Yo, si me amaras,
mi corazón te abandonara todo;
mi corazón maravilloso, inmenso,
sin límite en su amor, sin fin, sin fondo!

»¡Ay! de mi amor las comprimidas llamas,
vieras salir en manantial furioso,
cebar en ti sus insaciables fuegos,
y al cielo alzarse en grande lengua de oro!»

Amor era el de Caro, que con él iba a todas partes. En víspera de un combate— combate real—Delina ocupa todo su pensamiento:

«¡Si esta es mi hora postrera, tuya sea!
Todo el amor de que capaz soy yo,
todo en mi pecho, concentrado y junto,
te lo ofrezco Delina, y te lo doy!
¿Lo aceptarás?... ¿Qué se oye?... ¿El enemigo?
¡Alarma, suena ronco el atambor!
Truena el bronce... ¡mis armas ¡mi caballo!
¡Oh! ¡dame algunas lágrimas!—¡Adiós!»

Cuando Caro se casa, sus versos son de inefable contento, pero encierran una triste incertidumbre. *La bendición nupcial*, en donde hay una artificiosa crítica del principio de utilidad; *La lagrima de felicidad*, cuyas doce primeras estrofas son de un arte y de una voluptuosidad sorprendentes; *A mi primogénito* (la bendición del feto), que escandalizó tanto a los conservadores meticulosos, son la prueba de nuestra aseveración. Caro se hace amante y más pensador desde que Delina es más suya; bien se le decía que era el único esposo, «rigurosamente fiel a su mujer y que estaba enamorado de su mujer».

Alma de poeta, tan pura y nítida, tan amorosa y delicada, tan suave y profunda no debía tener sombras que la mancharan ni haber puesto plumas de cuervo en sus alas blancas. Nos referimos a su valiente e injuriosa poesía titulada *La Libertad y el Socialismo*, y a esta terrible frase de una carta publicada en *El Granadino*, y dirigida al General Herrán, en que le aconsejaba que levantara un cadalso para González, Córdoba y Patria, comprometidos en acontecimientos políticos: «Por otra parte, decía Caro, entre nosotros no hay destierro perpetuo ni cárceles seguras: LA SOLA CÁRCEL SEGURA EN QUE A ESTOS REVOLTOSOS PODAMOS ENCERRAR, ES AQUELLA ESTRECHA Y ETERNA CÁRCEL CUYA LLAVE ES EL PISÓN Y CUYO ALCAIDE ES EL SEPULTURERO!» Del mismo modo que Julio Arboleda, poeta también y tierno muchas veces, escribió sus versos de *El Misóforo*, de ataques personales, sin gracia, y, a semejanza de Caro, se reprochaba un instante de misericordia que tuvo en Santa Marta con algunos prisioneros políticos: «Tuve la debilidad—decía Arboleda—de ceder a la opinión general Y PERDONAR A LOS AMOTINADOS: golpe fatal a la disciplina, del cual en parte me reconozco responsable».

* *

¿Por qué el grande amor de Caro por Delina no se ha hecho popular como el tierno de Gregorio por Julia? Es que el uno alzó a su dama una fábrica de granito, correcta y simétrica, pero poco vistosa para la multitud, y el otro derramó el amor de su corazón en música dulcísima por todos comprendida y que a todas partes llegaba. Tuvo el uno más cuidado de los cimientos y el otro de la cúpula del edificio, que puede verse desde lejos. Son ambos, empero, soberbios.

El amor de Gregorio por Julia dió alimento a innumerables poesías, llenas de ternura y de admiración. Cuando el poeta antioqueño murió, sobre todo, la musa de la elegía dijo quedo al oído de José María Rojas Garrido los misterios de la plegaria y él se dirigió a Julia en magníficas estrofas, que pintan al gran poeta:

«Poeta peregrino, tánta pena,
soltando en llanto su copiosa vena,
de tu genio nubló la hermosa luz.
Que en tus festivas páginas se advierte
no sé qué tono, al parecer, de muerte,
que vibra melancólico el laud.

»Si acaso disimulas, tu sonrisa
siempre lleva el suspiro de la brisa
que se queja en las ramas del ciprés.
No te fué dado sonreír de gozo,
sintiendo inevitable en tu alborozo
la espina del dolor fija en la sien.

»Al conducir la imponderable carga
del sufrimiento en la región amarga
de esta vida, relámpago fugaz,
fuiste como una sombra que se inclina
del negro precipicio en que camina
sondeando el abismo al espirar».

Otro desgraciado poeta de Antioquia, que en el silencio de un hospital pasea el silencio de sus ideas, Epifanio Mejía, hoy desgraciadamente loco, escribió entonces a Julia:

«La americana virgen poesía
perdió de Antioquia su mejor cantor,
perdió Colombia su mejor poeta
y Julia la mitad del corazón.

»Esposa amante del amante esposo,
Julia, delirio de su santo amor,
relicario del alma de Gregorio,
yo vengo a acompañarte en tu aflixión».

—

Los amores de los poetas son inmortales; ellos constituyen su fuerza y descifran su vida.

JUAN de D. URIBE

1884.

(De *Sobre el Yunque*, Tomo I. Bogotá, 1913).

La adhesión del Dr. Vaz Ferreira

A raiz del confinamiento de que fué víctima el maestro español Jiménez de Asúa, se constituyó en Montevideo un Comité de protesta por tal hecho, y del cual participaron abiertamente los intelectuales más destacados de aquel admirable país. Presidió esa institución de solidaridad intelectual, la doctora Paulina Luisi, la que pidió al profesor Vaz Ferreira su adhesión a la simpática iniciativa. El sabio maestro contestó con una carta que, después del *indulto* con que se ha querido favorecer a Jiménez de Asúa, resulta oportuno publicar. Como es notorio, la personalidad de Vaz Ferreira es una de las más sobresalientes de Sur América. Expresamente para él se creó en la Universidad de Montevideo el cargo de *Maestro de Conferencias*.

Señorita Paulina Luisi.

Distinguida amiga:

Me consulta usted si me adhiero a la protesta que se exteriorizará por el confinamiento del profesor Jiménez de Asúa. En respuesta, sólo puedo manifestarle que a mí debe tenérseme siempre por adherido a toda protesta contra cualquier acto de ese género, sea cual sea el gobierno de que provenga y su tendencia política o social. Si no especializo habitualmente esas protestas en cada caso particular, es, no sólo porque violenta un poco tomar tales actitudes cuando no hay peligro, sino porque, por la libertad y la democracia, lucho yo más constante y permanentemente, en mis libros, en mis conferencias, en mi enseñanza; y, precisamente, en estos últimos años, previendo la reacción antidemocrática a que debían llevar por una parte los hechos de la guerra y por otras ciertas direcciones ideológicas, he intensificado toda mi acción posible para prevenir a la juventud contra los paralogismos reaccionarios, inclusos los que parecen innovadores para *recimentar* las nociones de *democracia* y *derechos individuales* dándoles precisamente, en lugar de su fundamentación tradicional de optimismos ilusionistas, una base racional, práctica y sólida, que garantice mejor contra las reacciones regresivas... No puedo resumir aquí esto que explico y repito laboriosamente, constantemente, según algunos hasta la exageración y la manía. Pero mis discípulos, por ejemplo, saben lo que quiero decir. Y si hay alguno de ellos que en el futuro ceda o se confunda, extraño será, por no haber tenido cerca a alguien que para evitarlo puso lo mejor de su alma. No obstante, a veces no he resistido al pedido de que expresara mis sentimientos ante algún caso particular; uno fué el de Unamuno; otro es éste. Los dos casos de España... Y esto último, que se da tan frecuentemente, viene a ser lo que extraña o irrita a tantos españoles sinceros que en esta especialización de nuestras protestas creen sentir manifestaciones de una oficiosidad vejatoria o pretenciones de tutela impertinente, o de exhibicionismo intelectual. No se dan cuenta ahora: se darán cuenta después de que si nos afectan menos los atentados en otros pueblos, es porque a éste lo amamos especialmente, y amándolo lo tenemos que amar del mismo modo que al nuestro, deseando para ellos y execrando lo que entre nosotros fué funesto y execrado; y que no es sólo doctrina o literatura lo que nos mueve, sino experiencia, además todavía de amor. ¡Cómo si no conociéramos todo aquello...! Si fué justamente lo nuestro, sin nada de nuevo, el despotismo militar y el lenguaje de éste, y el *orden* y la supresión del sufragio; y la persecusión de la prensa y el pensamiento y las deportaciones... Fué lo nuestro todo eso; y sabemos y sentimos lo que por todo eso se sufre y lo que cuesta suprimirlo y lo que se gana con suprimirlo para siempre jamás; y como lo merecerá una raza—me refiero a toda la raza ibérica—de que no sólo descendemos de hecho, sino de que conscientemente hubiéramos elegido descender los que pensamos que cualquiera que sean las faltas de esa raza—el esceptismo político ha solido ser una de ellas—tiene lo esencial, lo primero, la mayor nobleza de la célula individual y eso por sí solo puede garantizar destinos, y en todo caso da a éstos el más alto interés humano. Que nos perdonen: ni podemos no quererlos y no podemos quererlos de otra manera.

CARLOS VAZ FERREIRA

(*Pareceres*, San Salvador).

La juventud de Trujillo envía un elocuente mensaje de adhesión al Dr. Marañón

Maestro:

El mundo en estos momentos es un vasto escenario de violencia. A cada paso nuestras sensibilidades constatan la mentira de una democracia por la que tanto y tan esforzadamente lucharon nuestros padres. Vana palabra que no nombra ya realidad sustancial alguna y que sólo sirve hoy de bambalina para escudar las apetencias inconfesables y los intereses materiales de una clase predominante, que quiere mantener a todo trance sus privilegios económicos y sociales.



Dr. Gregorio Marañón

(Dibujo de Sirio)

Sólo la inteligencia ha sabido mantener su lealtad egregiamente articulando con denuedo su protesta. En los países de nuestra raza, sobre todo, la violencia de la fuerza está asumiendo caracteres inauditos. Se insulta, se persigue y se destierra a los hombres más representativos de nuestro espíritu y de nuestra cultura. Las mentes más lúcidas no pueden formular su pensamiento porque se les castiga como a delincuentes. Vos habéis caído por eso en una prisión y estáis sufriendo vuestra lealtad a los fueros de la inteligencia y del espíritu.

La juventud de América no puede mirar con indiferencia este nuevo atropello que vuelve a consumarse en vuestra persona una vez más, contra el pensamiento de España. La juventud de América se alza en nombre de la dignidad y de los derechos eternos de una raza que no ha sabido y que no ha querido nunca soportar el despotismo.

Jamás habéis asumido con más decoro humano y con más sabiduría de espíritu, que en estos momentos de persecusión, vuestro sagrado ministerio de maestro. Lo sois con vuestras enseñanzas y con vuestro ejemplo.

La juventud americana protesta y os tiende sus brazos a traves de aquel mar que asistió a la marcha legendaria de unas frágiles caravelas que prendieron en América la lengua, la cultura y el Espíritu de España.

Sabemos que nuestras palabras para el Directorio no tendrán eficacia alguna, pero sabemos también, que el tiempo les dará su efectiva gravitación en el juicio de esta historia.

El futuro, tal vez no muy lejano, que estáis labrando con vuestra vida generosa y con vuestro sacrificio, es el refugio y será la confirmación y el colmo de nuestra esperanza y de la vuestra. La prisión ha revalidado vuestro título como miembro militante de la vasta confraternidad humana por la justicia. El corazón y el pensamiento de América os hace suyo, maestro! Encarnáis la responsabilidad histórica no sólo de un pueblo y de una frontera, sino la responsabilidad de muchos pueblos, de muchas fronteras; la responsabilidad histórica de la raza ibero-americana. Lo esencial es la conciencia libre, el hombre libre; la libertad nos vendrá por añadidura. Y no hay generaciones libres sin maestros libres. Este es el sentido más alto de la docencia. Vos sois uno de esos maestros que están forjando las generaciones del porvenir.

El gobierno del terror es el gobierno de la debilidad. Cuando se levanta la fuerza armada para ahogar el pensamiento que se verbaliza, es que teme la virtud contagiante de la justicia. Esto es suficiente para denunciar el carácter faccioso e impositivo de un régimen. Contra la versión tendenciosa de la información oficial que trasmite el cable, no hay otra fuerza que oponer que la fuerza demostrativa del gesto ciudadano, como lo habéis hecho. Ahora sabe todo el mundo que el gobierno de España es impopular y despótico. Si los pueblos tuvieran una mayor conciencia civil, bastaría un solo acto de violencia contra una voz egregia para que descalificaran de hecho al gobierno que se atreve a ello. No lo es por desdicha. Pero creemos que estamos caminando hacia ella mientras hayan hombres libres y maestros libres.

¡La Nueva América os saluda, maestro; gran maestro de todas las Españas!

Federico Chávez R., Antenor Orrego, Carlos Godoy, Daniel Hoyle, Alcides Spelucín, Federico Esquerre, E. Dávila Cárdenas, Nestor S. Martos, Julio Esquerriloff, Jorge Castañeda, Jorge E. Pinillos, Belisario Spelucín, Pedro G. Lizarzaburu.

=De *El Norte*, Trujillo, Perú=

Jiménez de Asúa, confinado

El ilustre penalista español Luis Jiménez de Asúa, que tan gratos recuerdos de sí ha dejado en la Argentina, ha sido, naturalmente, encarcelado y desterrado por Primo de Rivera. Ya nos sorprendía que la arbitrariedad tardase tanto en producirse, porque Jiménez de Asúa es una recta inteligencia y un hombre libre. En su prosa imbécil, el dictador ha justificado la medida en los siguientes términos, que trascribimos de *La Prensa*:

»Respecto a los hechos que acaban de ocurrir en la capital, con motivo de la conspiración del catedrático Jiménez de Asúa, sólo puedo decir que no tienen importancia. Jiménez de Asúa saldrá mañana para las Chafarinas, porque no se puede sufrir que hombres a quienes paga el Estado se dediquen a difamar a éste.

»Jiménez de Asúa, en el viaje que realizó por América, se ocupó en hablar despectivamente del gobierno que presido. Ultimamente, desde su cátedra de la Universidad Central, se dedicó a contar insidias a sus alumnos, provocando así malestar entre éstos. También aprovechó la ayuda de elementos extraños para crear situaciones de evidente dificultad para la marcha regular del gobierno. Jiménez de Asúa había asumido una actitud de rector intelectual, pero, a pesar de ello, el gobierno tiene dispuesto proceder con energía, pues antes que intelectual hay que ser español.

»Cabe hacer notar que no son estudiantes afiliados los que perturban el orden, sino elementos extraños, los que que han dado en llamarse a sí mismos intelectuales. Después del acto realizado en honor de Ramón y Cajal, hace algunos días, se ha agudizado la campaña de difamación contra el gobierno».

Jiménez de Asúa ha sido confinado a las islas Chafarinas. El motivo inmediato del destierro ha sido el haber protestado por la entrega de la cátedra de griego de Miguel de Unamuno, que ningún profesor español había querido ocupar, a un sacerdote llamado Juan León García. Cuéntase que en las oposiciones fué éste el único candidato que se presentó y que de los cuatro señores que integraban el tribunal, uno solo era profesor de griego y ese votó en contra.

El confinamiento de Jiménez de Asúa ha indignado a todos los círculos intelectuales y estudiantiles de España y América. De nuestros dos mayores diarios, sólo *La Prensa* lo ha comentado éditorialmente, con términos a los cuales nos adherimos. «Si la experiencia fuera, al decir de un escritor ilustre, la historia de los errores ajenos—concluía—, pudo proporcionar enseñanzas inapreciables a los que condenaron de hecho al profesor español; la experiencia les hubiera demostrado que es vana la fuerza para acallar el pensamiento, en el actual estado de progreso espiritual del mundo».

(Nosotros, Buenos Aires).

La protesta de Fernando de los Ríos

París, 7 de mayo pasado.—Según las informaciones que en forma confidencial me llegan de España, el confinamiento del profesor Luis Jiménez de Asúa ha motivado allí numerosas protestas, y algunas por la calidad de las personas que las han formulado, han causado verdadera impresión.

Hace dos días tuve oportunidad de trasmitir íntegramente el documento presentado por la Junta Directiva del Ateneo de Madrid al presidente del gobierno, en la que en forma serena y a la vez enérgica protestaba en nombre de los intelectuales contra la medida violenta de que ha sido objeto Jimenez de Asúa. Los firmantes de esta nota, contrariamente a lo que se esperaba, no recibieron sanción alguna, y el gobierno explicó que tomaba tal actitud por estar aquella redactada en forma *respetuosa*. Hoy los comentarios sobre este asunto reconocen que la dictadura ha estado lista al no tomar ninguna medida contra la Junta Dicectiva del Ateneo; si hubiese procedido en otra forma, tal vez se habría atraído hacia sí una fuerte corriente adversa. Pero, en fin, los comentarios del ambiente se multiplican y toman diversos aspectos, según se van produciendo nuevas protestas por el confinamiento de Jiménez Asúa. La verdad es que si el gobierno tuviera la intención de detener a todos lo que protestan, necesitaría ampliar enormemente las cárceles españolas...

Hoy es un eminente hombre el que se dirige al gobierne para recriminarle su actitud con Jiménez de Asúa. Me refiero al ilustre Catedrático de la Universidad de Granada y ex-diputado a Cortes, señor Fernando de los Ríos Urruti, quien ha enviado la siguiente nota al Marqués de Estella:

«Excelentísimo señor Presidente del Consejo de Ministros: El que suscribe, Catedrático de Derecho Político de la Universidad de Granada, inmediatamente después de conocer la resolución ilegal y arbitraria adoptada por V. E. contra el ilustre Catedrático de la Universided de Madrid don Luis Jiménez de Asúa—resolución que sólo compete a los tribunales de justicia y a la Universidad Central,—reproduce ante V. E. la protesta formulada en febrero de 1924, como ciudadano y Catedrático, ante el caso del inolvidable maestro don Miguel de Unamuno.

»No puede dejar de condenar la violencia contra el derecho quien consagra su vida, por vocación y profesión, a exaltar el respeto que se le debe a este último. No puede rehuir a redactar esta protesta quien nunca considera excesivo el riesgo que pueda existir en defender el íntimo y fervoroso sentimiento del honor y del ideal.

»La reiteración de la arbitrariedad no ahoga la repulsa de todas las conciencias sensibles a la justicia, porque la Dictadura—o sea la conversión del criterio individual del gobernante en fuente exclusiva de las obligaciones de los gobernados—es un régimen que se soporta con vivo dolor, pero que jamás lo acata quien tenga la más leve noción del respeto que le merece la ciudadanía por el valor cultural que simboliza.

»Recabar la observancia de la ley es un deber imperativo del gobernante, pero cuando el poder se ejerce en dictadura, es imposible invocar la ley, porque representa su negación.

»Por las razones aducidas, excelentísimo señor, quien suscribe renueva su protesta firme y serena y decisiva contra la contumacia en la violación de la legalidad y se solidariza plenamente con las víctimas: ayer, la meritísima inspectora de enseñanza de Barcelona doña Leonor Serrano; hoy, el Catedrático verdaderamente ilustre don Luis Jiménez de Asúa.—(Firmado) Fernando de los Ríos.—Granada, 3 de mayo de 1926».

(La Prensa, Buenos Aires).

Obituario

Lleva el Repertorio su obituario. Ciertamente, mucho se duele de los que se van después de haberle prestado por tantos años sus simpatías y su cooperación. De esos buenos y silenciosos amigos, uno fué Luis Astorga, que murió en esta ciudad, el martes 27 de Julio de 1926.

Sanín Cano juzga al Padre Pallais

Buenos Aires, junio 18 de 1926.

Señor don J. García Monge,
San José.

Mi querido amigo:

Recibo de su mano bondadosa el libro del señor Pallais *(Caminos)* en que se han apacentado mis pobres sentidos con gran complacencia. Es suave sin afectación, profundo sin esfuerzo, tierno a veces sin sombra de amaneramiento. Déle Ud. las gracias y mis cordiales felicitaciones.

Dentro de pocos días iré a Colombia. Si tiene Ud. algo que decirme o algún libro o periódico que enviarme después de recibir estas líneas, escríbame a Bogotá, Calle 13, No. 252 E., hasta ulterior aviso.

Pienso siempre en Ud.,

B. Sanín Cano

Alumnos del Segundo Grado *construyen* Nueva York, la agitada ciudad de las torres.





¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

Una nueva educación al servicio de una edad nueva

Por

William H. Kilpatrick

Profesor de Filosofía de la Educación en el TEACHER'S COLLEGE, Columbia University.

«Las escuelas son diferentes hoy día», dicen los padres de familia, sobre todo si sus hijos tienen la gran suerte de asistir a una de las escuelas modernas de la mejor clase. «Los niños son más felices en la escuela». «Sí, raras veces se les castiga ahora». «Y trabajan más duramente; mi hijo trae a la casa las cosas más extraordinarias en que está interesado, y escudriña la bilioteca para informarse. En mi tiempo todo se hallaba en el texto». «¿Ud. llama a eso trabajar? A mí no me parece. A ellos les gusta. Mi niño suplica que lo dejen ir a la escuela hasta cuando yo juzgo que debe quedarse en la casa. Yo llamo a eso juego». «No es juego sino trabajo. Ellos trabajan más duramente y aprenden más». Y así siguen los comentarios.

¿Por qué han cambiado tanto las escuelas? Las respuestas abarcan tres cuestiones. Primero, ahora sabemos más en materia de educación y modo de manejar a los niños. En segundo lugar, el aumento de la dulzura en el trato humano ha cambiado el espíritu de la escuela. En Boston, en el año 1845 fueron castigados corporalmente sesenta y cinco niños, de una escuela de cuatrocientos alumnos. No sucede tal cosa en nuestro tiempo. En la mayor parte de las buenas escuelas jamás se castiga corporalmente a los niños. En tercer lugar, habiendo cambiado el ambiente fuera de la escuela, forzosamente habrá que cambiarlo dentro de la misma. Tal vez sea esta tercera respuesta la fundamental de las tres.

El pensamiento científico actual

El cambio en los tiempo exige un tipo de educación diferente. ¿Cuáles son estos tiempos transformados? ¿Cuáles son estas nuevas necesidades de la educación? ¿Cómo deberá la escuela cambiar para afrontar tales necesidades?

Lo que sobre todas las cosas ha caracterizado el tiempo actual es la presencia y el uso de la ciencia. Ya antes del año 1600, Galileo había iniciado el movimiento científico. Su contribución más valiosa fué probar sus teorías apelando a la experiencia actual. Esto suena muy simple por ser tan común, pero el mundo antes había teorizado mucho sin cuidarse de la experiencia. Sería imposible no apreciar lo bastante la importancia de este método. Aceptar las ideas solamente cuando se hayan comprobado por los actuales métodos experimentales demuestra una insistencia en los hechos que pone al hombre en condiciones de utilizar un enorme caudal de ideas en que puede confiar.

La existencia de este núcleo—siempre en aumento—de ideas subordinadas a sus aplicaciones a los negocios humanos, ha cambiado tanto el mundo en que vivimos. Son estos cambios los que directa o indirectamente, hacen de la civilización actual una cosa tan distinta de lo antes habido. Son las consecuencias de estos cambios, y los problemas que traen consigo, lo que hace la tarea de la escuela tan diferente. De esta última fuente provienen las nuevas exigencias de la escuela.

La nueva fe en la razón

Ante todo, hay una visión mental cambiada. El hombre mira lo visible y lo invisible del mundo con ojos distintos. Antes se temía y se desconfiaba del hombre y de sus capacidades. En teoría era completamente inseguro. Hoy día, bien o mal, el hombre de inteligencia moderna no siente tal desconfianza. Que está expuesto al error, lo sabe con más exactitud que sus antepasados, pero ahora tiene el remedio en sus manos; sólo que sus apelaciones a la experiencia deben estar hechas con más cuidado. Para el hombre de inteligencia moderna ninguna fe es tan fuerte como la fe en los métodos de investigación científica. Esta fe en la ciencia engendra una actitud investigadora. El hombre actual investiga en lo que antes aceptaba sin preguntar. Ninguna zona del pensamiento o de la creencia está exenta, y la influencia de la ciencia crece diariamente.

La disputa sobre la evolución es un ejem-

plo verdadero de que «la excepción prueba la regla». La sorpresa mundial en Dayton fué que nadie podría atacar ahora una conclusión científica por otros métodos que no sean los científicos.

Este espíritu investigador se ha apoderado de nuestra juventud. Los jóvenes ya no aceptan como definitivo lo dicho por los mayores, como antes en verdad sucedía. El joven de nuestro tiempo pregunta el por qué, y las razones que le damos no siempre le satisfacen. A una niña que pasaba delante de un grupo al parecer muy decente, le fueron oídas por casualidad estas palabras: «Yo no veo por qué no pueda ir. Si mi hermano puede ir a tales sitios, no veo por qué no pueda ir yo también».



Niños del Tercer Grado reconstruyendo una escena de la Edad de Piedra, después de visitar el Museo de Historia Natural

En qué lugares pensaba ella, no lo vamos a averiguar. Sin embargo, una voz nueva para la mocedad femenina habló por boca de esta niña. Lo que no implica que la generación actual sea inferior a la pasada; pero sí que es diferente. Tal vez el proceder no haya cambiado tanto como la actitud. Antaño los jóvenes si bien admitían las normas, las infringían con la burla, cosa que hoy no sucede; hay muchas cosas que nuestros jóvenes simplemente no las juzgan como nosotros los mayores, y lo manifiestan con toda franqueza. Ellos discuten nuestras normas y nos preguntan el por qué.

La exigencia creada en la escuela con el por qué de las normas es algo muy serio. Los viejos sistemas de construir el carácter moral no resultan. Insistir en retroceder a los gastados métodos inevitablemente hará más grande la brecha. Nuevos caminos deben trazarse, o serios peligros pueden ocurrir.

La industria cambia el modo de vivir

Un segundo efecto que ha tenido la ciencia en la civilización y el más espectacular que el mundo ha contemplado jamás, es la industria moderna y todo lo que por nosotros y para nosotros ha hecho. En menos de doscientos años, este movimiento ha cambiado más el mundo occidental, que mil años antes. Y el paso es todavía más rápido. La última centuria ha traído en todo sentido más cambios que la anterior y la segunda mitad del siglo trajo más cambios que la precedente. ¿Qué cambios esperaremos de los cincuenta años que tenemos por delante? Nos aturdimos con pensarlo.

¿Por qué esta proporción tan creciente? La respuesta parece clara. La ciencia se acumula; de la ciencia salen las invenciones. Así como la ciencia crece, las invenciones se multiplican. Cada invención importante cambia nuestro modo de vivir; nuevas invenciones, nuevos cambios de vida, y más problemas sociales que resolver; más invenciones todavía, traen muchos cambios con muchos más problemas que afrontar. Si la civilización los retiene, la ciencia se acumulará en proporciones mayores, y las invenciones se multiplicarán todavía con más rapidez. Las condiciones de vida cambiarán con una proporción cada vez mayor y más rápida. Tal es la visión que nos traza el pensamiento.

Esta es la situación que debe afrontar la educación. Nos encaramos a un futuro lleno de cambios constantes, con un gran número de problemas que afrontar. Nuevos tipos de educación deben meditarse si la escuela ha de corresponder a la tarea que se le ha encomendado.

El entrenamiento del hogar desaparece

Volvamos ahora a la educación y a la escuela.

La educación es más extensa y más antigua que la escuela. En los tiempos antiguos no había escuelas. Los niños aprendían al lado de sus padres lo que debía servirles para la rutina de la vida. La asociación para resolver los asuntos de una tribu obligó a ampliar el conocimiento y la visión. Llegó luego la hora en que el aumento de acumulaciones culturales no pudo ser adecuadamente considerado por más tiempo de este modo incidental. Nació así la escuela como una institución que se propuso tener a su cargo lo que no podía educacionalmente ser tratado incidentalmente.

Cuando se inventó la escritura la escuela se hizo más formal y menos semejante a la vida; una vez acumulado el material de literatura y los sistemas de ideas formulados y llevados al papel, el período escolar fué mucho más largo y sus procedimientos se hicieron más formales, más distantes aún de la «vida».

Mientras tanto, la antigua educación del hogar y de la comunidad seguían su curso. Los más tomaron de ella la mayor parte o la totalidad de su educación, la preparación necesaria en la parte moral y práctica de la vida. Los menos agregaron a esto, con ligeros cambios en la práctica, la educación formal de la escuela. La vida educaba y la escuela educaba, pero cada una con un propósito y en un sentido diferentes.



Alumnos del Cuarto Grado hacen instrumentos musicales primitivos para su trabajo en música creadora.

Nuestro industrialismo creciente ha traído un gran cambio en todo esto. El hogar es una institación diferente; compra ahora lo que antes fabricaba y hacía; las candelas, el jabón, la manteca, la carne, las comidas, el hilo, los géneros, los vestidos que antes se elaboraban en la casa, se hacen venir ahora de la fábrica. Los niños colaboran muy poco en las faenas del hogar como lo hacían antes. En las ciudades—y la América va haciéndose cada vez más urbana—el padre está ausente la mayor parte del día en sus negocios y los niños pasan todo el tiempo en la escuela o en sus juegos vespertinos. Lo que hace que con sus lecciones para la

casa, sin mencionar los cines ni los paseos en bicicleta, la noche proporcione pequeñas oportunidades para la socialización educativa, antiguamente tan valiosa. El hogar como institución educacional casi ha desaparecido.

La vida es más compleja

La comunidad ha cambiado también. Ahora es característico que una ciudad apenas naciente, esté comunicada por medio de un comercio extensísimo con los más remotos puntos del globo. Los procesos económicos y políticos, antes tan manifiestos y claros en la sencilla comunidad, han llegado a ser demasiado complejos e intrincados aún hasta para los mayores. Todavía es más difícil adecuar a los niños para ponerlos al alcance de tales procesos. La civilización se ha unido en una gran proporción a los conocimientos que se deben adquirir; al mismo tiempo se hace para el niño mucho más ardua la tarea de aprender.

Es muy cierto que el niño de la ciudad aprende precisamente porque su vida se desenvuelve en un vasto horizonte que no tenían sus abuelos campesinos; pero también es muy cierto que hay deficiencias muy grandes. Visión honda de los procesos económicos y sociales fundamentales, es mucho más difícil de obtener, ahora que cualquier proceso puede desmenuzarse y esparcirse por el mundo entero.

Más evidente es, sin embargo, el peligro de las actitudes egoístas, de clase e individuales. Cuando hay muchos que trabajan en grupos, y hay otros que también trabajan separados, ocurren actitudes gregarias parciales y egoístas, todas inevitables, a menos que se tomen medidas prácticas para contrarrestar la tendencia. Lo mismo cuando la masa social es demasiado grande, resulta fácil para el individuo llegar a pensar solo en sí mismo y en sus allegados, lo cual ocasiona un peligro muy positivo de desintegración social que cae en un individualismo egoísta. En estos, como en otros aspectos, la educación del hogar y la de la escuela resultan inadecuadas, y lo que es peor, están mal dirigidas.

¿Cómo, finalmente, concebimos la tarea que ahora afronta la escuela? ¿Qué necesita hacer la escuela para hacerle frente a esta tarea?

Cómo mira la escuela su tarea

En primer lugar, desde que la educación del hogar y de la comunidad son tanto menos adecuadas de lo que fueron antes, la escuela debe enmendar la deficiencia. La escuela debe suplir a la vida, de modo que proporcione al niño lo que antes obtenía, con sólo vivir en buenos hogares y comunidades. Esto implica un tipo de escuela nuevo, que no esté consagrada meramente a los libros, sino que le dé curso a la vida actual del niño.



Aprendiendo Artes Domésticas

En segundo lugar, desde que la civilización está cambiando con tanta rapidez, y como promete cambiar aún más rápidamente en el futuro, la educación no puede continuar por más tiempo siendo cosa de trasmitir a los jóvenes, meramente o principalmente, lo que los viejos saben y practican. Debemos preparar a los jóvenes para que piensen y hagan proyectos por sí mismos en ese desconocido, impenetrable y cambiante futuro que tienen a la vista. Esta necesaria e inteligente adaptabilidad requiere, además, un nuevo tipo de escuela que le dé importancia al contenido social, junto con métodos positivos de lucha.

Y tercero, desde que el crecimiento de ideas ya experimentadas ha traído tan adelantados cambios de actitud, con autoridades y tradiciones de antaño aceptadas, más y más discutidas, llega a ser en extremo importante construir en la juventud una inteligente moralización. El joven debe aprender el por qué tanto como el qué de la moral. Sin el por qué la moral enseñada no puede sostenerse a través de los cambios ignorados que pueden sobrevenir.

La escuela no puede, desde luego, enseñar por más tiempo la simple obediencia a los mandamientos de la autoridad. De un modo creciente la juventud que se levanta debe ver y aceptar personalmente la inherente razón social por la que algunas cosas son malas y otras son buenas. Además, la escuela no debe por más tiempo engañarse en la mera creencia de que basta el conocimiento del bien y del mal para construir, como positivos, hábitos, actitudes y tendencias definidas a proceder en lo que parece recto y verdadero.

La escuela del pasado ha sido intelectualista, urgida de conocimiento y de habilidades escolares casi exclusivamente. La escuela nueva no perderá su dominio en el conocimiento y la habilidad. En todo caso, más bien aumentarán mucho sus esfuerzos en pro de aquellos ideales, actitudes y hábitos que se ajustan a la sociedad y a sus necesidades. Lo que implica, desde luego, un nuevo tipo de escuela, escuchando, sin embargo la exigencia de que antes se habló, por la cual la escuela proporcionará un régimen de vida real. Pues, como veremos luego, es imposible construir ideales sociales, actitudes y hábitos, si no hay una situación socia que los reclame y los apruebe.

Lo que la escuela deberá ser

Resumimos los párrafos anteriores diciendo; que la escuela será, en primer término un lugar en que se desenvuelva la vida actual, la vida del niño y del adolescente, escogida en sus múltiples fases. En segundo lugar, deberá ser tan amplia como para desarrollar métodos de combate, valiéndose de su contenido social y desarrollando procedimientos científicos y actitudes científicas. Deberá, por último, limitarse a una moral inteligentemente adaptada a un mundo que cambia. Vida, métodos y actitudes científicas, moralización inteligente y socialización, serán las características de una escuela que le haga frente a las necesidades de una civilización cambiante.

Antes de proseguir con la escuela debemos dar una ojeada a la psicología moderna del aprendizaje, porque ella nos explicará algunos de los nuevos rasgos de la educación moderna. Al comenzar apenas, nos encontramos con que la palabra aprender tiene más que ver con la vida que con el mero hecho de recitar lecciones de memoria. Aprender significa cambiar nuestra conducta.

Por ejemplo, tomemos a un niño y su cepillo de dientes: él debe aprender cómo se limpian los dientes, pero todavía más, debe aprender a limpiarse los dientes. Cada caso representa un cambio en el niño, un cambio en los procederes que él tiene que adquirir. Si el lector observa con cuidado el cambio que se opera en el niño, en cada uno de estos ejemplos, podrá adquirir mejor la reciente noción de lo que significa el aprendizaje.

Cómo se adquiere el aprendizaje

¿Cómo se obtiene tal aprendizaje? Ante todo, el niño debe practicar lo que tiene que aprender. El niño debe practicar el modo

de limpiarse los dientes. Podría, sin embargo, aprender esto y no aprender lo otro. El niño debe, desde luego, practicar el hábito de limpiarse los dientes. Sin esta práctica, no hay probabilidades de adquirir el aprendizaje.

Este, el aprendizaje, se mantiene de las actitudes internas tanto como de los movimientos externos. Pongamos, por ejemplo, la generosidad: nadie la podrá aprender si no practica la generosidad en sí misma, actitud interna y todo. Una madre puede obligar al niño a compartir sus confites con su hermanita, pero no podrá obligarlo a practicar la generosidad. Esta primera regla nos está diciendo que el niño nunca aprenderá la generosidad como una característica hasta que no la practique.

Pero nosotros no aprendemos todo lo que ensayamos. ¿Cuáles son, pues, las cosas que aprendemos? Una regla muy clara lo demuestra: nosotros aprendemos las cosas que nos son útiles; no aprendemos las que no nos sirven. Es de este modo como se verifica el mejoramiento. Se debe notar que es el éxito o el fracaso lo que opera en el educando, y no lo que los padres o maestros piensen al respecto. Imaginémonos a uno de estos muchachos de oficina tratando de molestar a su tiránico jefe. Los medios que le ayudan en su tarea serán los que aprende; los que no, son desechados. De ésta manera el muchacho mejora en sus esfuerzos por molestar.

Figurémonos al mismo muchacho tratando de agradar a la muchacha de su predilección. Las cosas que le son buenas en su afán de agradarla, son las que aprende; las que no, quedan a un lado. Es así como aprende todo lo que le es útil en su deseo de agradar. En ambos casos el muchacho aprende; en cada uno mejora la condición de lo que se propone hacer, pero aprende cosas diferentes, a causa de sus diferentes aspiraciones. El muchacho pudo emplear en la primera ocasión el mismo tono fastidioso para su jefe y para la muchacha; con el primero tendrá el cuidado de emplear el mismo tono de voz la próxima vez, porque tuvo la oportunidad de observar que le daba resultado; en cuanto a la muchacha, tendrá el buen cuidado de no hablar en el mismo tono, porque fracasó la primera vez.

Las actitudes del niño

El muchacho usó el mismo tono de voz en ambos casos, pero lo que aprendió fué bien distinto; los aprendizajes tomaron opuestas direcciones, porque los propósitos eran opuestos. El aprendizaje toma su dirección propia según el propósito. De acuerdo con este segundo principio, el educador moderno da gran importancia a las intereses y propósitos del niño. Esto determinará no solamente lo que el discípulo deberá practicar (por el primer principio), sino determinar también (por el segundo principio) la dirección que tomará el consiguiente aprendizaje.

Algo más. Muchas personas piensan que el niño aprende en cada ocasión una sola cosa: la lectura, patinar o su división. Esto es un error; un conocimiento jamás se adquiere solo. El muchacho que está aprendiendo a patinur aprende al mismo tiempo no sólo cómo patinar: también está desarrollando actitudes favorables o desfavorables al arte de patinar (si continúa patinando o no); actitudes favorables o desfavorables para el amiguito que le ayuda, para los otros muchachos que lo alientan, para el pavimento donde patinan, para el tío que le regaló los patines; actitudes favorables o desfavorables hacia él mismo como un éxito o como un fracaso.

Lo mismo le pasa con la división y con todo lo demás. Siempre hay aprendizajes que acompañan; es de estos aprendizajes colaterales de los que la educación moderna obtiene las actitudes que vimos tan potentes en el segundo principio discutido arriba. Qué actitudes puedan desenvolverse en cualquier período de la escuela, será desde luego lo más importante que se ha aprendido en ella. Es éste otro hecho que el inteligente educador moderno trata de capitalizar. Las actitudes construídas en sus discípulos son sus más escogidas ganancias.

Con las nuevas exigencias de la escuela moderna, ya vistas; con las condiciones bajo las cuales el aprendizaje se verifica, volvamos ahora a la escuela moderna. ¿Qué pasos está dando ésta para afrontar las necesidades que se le han impuesto?

En una aula moderna

La primera impresión que causa la escuela moderna en el visitante, es que todo es ahora menos estricto que antes. No se marcha en líneas rectas. Los niños caminan casi solos. Los pupitres a menudo son movibles y no están colocados en líneas paralelas. En el primer grado no hay del todo pupitres, sino sillas y mesas sueltas y la mitad de los niños están sentados en el suelo. No se oyen mandatos impertinentes, ni se exige el «estarse quieto». Los niños pueden moverse y conversar cuando quieren. Si los ojos y los oídos del visitante no están acostumbrados a estas cosas, puede ser que se escandalicen un poco.

Si se fija, verá Ud. también un tipo distinto de estudios, menos memorizante de «lecciones». De hecho «lecciones», «estudio» y «recitado» parecen haber cambiado su sentido. Sin embargo, los alumnos se ven más activos y aceptan más responsabilidades en los asuntos. El trabajo descansa sobre las cosas que tienen un significado y un objetivo para los niños. Aquí los niños del segundo grado se hallan tan ocupados como abejas, haciendo telares. Aquí un quinto grado trae los resultados de una excursión reciente al manantial. Claramente, fueron con un propósito bien determinado y ahora vuelven, cargados de datos y observaciones a plantearse problemas. Aquí una clase de la escuela superior (*Junior High Scoool*) discute el Soviet de Rusia. El maestro puede estar ocasionalmente en el fondo del aula, y sólo ocasionalmente tomar parte activa en la discusión.

¿Por qué todas estas cosas van de este modo? Ya han sido dadas las contestaciones. Lo primero y lo más importante es que esto es vivir, concienzuda e intencionadamente vivir, seleccionada y jugosa experiencia de la vida en sí misma. Los niños tienen por delante sus empresas, que, al igual de los mayores, los absorben.

En conexión con esto, los alumnos practican la responsabilidad, aprenden el dar y tomar de la vida moral social. Cuando surge una dificultad en la clase, hay la oportunidad, bajo la guía del maestro, para determinar el qué y ver el por qué. Una vez que éstos han sido determinados, la opinión pública puede ser muy bien dirigida, de modo que lo bueno se practique con éxito y satisfacción. Cada conclusión alcanzada así será más fácil de practicarse cuando sea necesario; y más aún, construye una base para un criterio más amplio y se adquiere más penetración interna. Viviendo cada conclusión, se tiende a dar actitudes y hábitos positivos. Una moralización inteligente se obtiene así.

Mentes infantiles prontas

De acuerdo con el crecimiento del niño, sus intereses se amplían en el aspecto social y se hacen más intelectuales en calidad. Motivos de controversia son ahora más buscados que impedidos. El maestro deberá tener en su mente aquellos problemas sociales colindantes que en una u otra forma serán los que dominarán en la adultez de esta mocedad. Tales problemas que apelan a la juventud arriesgada, dan la destreza que se necesita en los métodos de combate. Con una creciente visión interior, los niños analizan los problemas, buscan pertinentes fuentes de observación, proponen y discuten soluciones.

De esta manera están viviendo ya, de un modo entretenido, las experiencias intelectuales propias de su edad. Bajo la guía del maestro, están adquiriendo métodos de lucha, informaciones y fuentes de información, actitudes hacia los problemas sociales, intereses que los conducirán a más amplias y profundas investigaciones en la vida del colegio, de la universidad, y en la posterior. Es de este modo como esperamos prepararlos para ese cambiante futuro.

Así, la escuela presente de hoy está tratando de adaptarse a la nueva situación. Su tarea es ardua; tiene todavía mucho qué aprender, pero está alerta ante las necesidades y los peligros. Ella le pide a Ud. todas sus simpatías, porque sin su cooperación no resulta.

(Traducido de *The New York Times*, mayo 30 de 1926, por Helia Dittel).

Nota.—Los esquemas que ilustran este artículo se hicieron en la Escuela Lincoln, del Teacher's College.

La Dictadura española

Marañón, Asúa y la Monarquía

26, Bellevue Road,
West Ealing. London, W. 13,

4-7-1926.

Señor don J. García Monge.

Querido compañero:

Le ofrecí días pasados unos notas sobre varios temas políticos. Quería enviarle algo sobre nuestra América. Pero el tema del artículo adjunto se me ha impuesto por un deber de actualidad, de lealtad a nuestros ideales y de amistad. Es necesario lanzar ese alarido en todo nuestro ámbito y sólo desde el Repertorio *puede lanzársele.*

Mucho le agradeceré tenga la bondad de enviarme unos cuantos ejemplares del número donde se publique para mandarlos a España.

Le saluda afectuosamente su buen amigo y compañero,

César Falcón

Ahora nos urge a los hombres sensibles de la hispanidad centrar nuestra emoción y nuestros esfuerzos contra la monarquía española. Mientras se trató de una lucha por el usufructo del favor real entre las camarillas civiles y militares de la monarquía, aunque muy heridos por el ataque a Unamuno, nadie de nosotros podía participar en ella y nuestros trabajos seguían su empeño formativo de la nueva conciencia hispánica. Pero la camarilla encabezada por el General Primo de Rivera, después de entendérselas con sus adversarios naturales, ataca hoy a esta misma conciencia nuestra y nos impele a todos, no a una mera protesta contra el ataque, sino a una acción más resuelta y más empeñada.

Unamuno ha rectificado muchas veces la afirmación arbitraria del Directorio contra los antiguos Ministros del Rey y es necesario, para definir bien el carácter de la dictadura actual, partir de esta rectificación. El Directorio militar, establecido después del golpe del general Primo de Rivera en Barcelona el 13 de setiembre del 23, no significó en modo alguno un cambio de régimen, sino un cambio de servidores del régimen. No se trató de destruir el régimen representado por los llamados viejos políticos, sino de transformarlo y precisamente en mejor servicio de sus peores intereses. Antes y después de la sublevación de Barcelona el régimen es el mismo e idéntica su influencia en todos los pueblos hispánicos. Porque el régimen es la monarquía y hoy, como siempre, sintetizando todos sus vicios, el Rey.

Pero la transformación del régimen no puede comprenderse bien si se desconoce su causa. El último Ministerio de los antiguos servidores del Rey, presidido por el Marqués de Alhucemas, era, sin duda, tan pecador como los anteriores. Llegó al poder con las mismas taras y los mismos procedimientos. Las elecciones realizadas bajo su comando tuvieron las mismas manchas de las precedentes desde la restauración. Pero el país le impuso a las nuevas cortes la obligación de dilucidar las responsabilidades por el desastre de Anual del año 21. Este ha sido quizás en mucho tiempo el único acto de voluntad del pueblo español. Anual significó para el país la pérdida de quince mil hombres y una de las humillaciones más duras de su historia. El pueblo tuvo enseguida la intuición exacta de la verdadera responsabilidad. La exigencia de hacerla efectiva irrumpió con un vigor extraordinario en todo el ámbito del territorio. Desde la unanimidad de la prensa hasta la unanimidad de los hogares rurales, desde los ateneos hasta las casas del pueblo, desde los conservadores hasta los comunistas, vibró en todos los sectores de la opinión y el gobierno de García Prieto no pudo eludir la exigencia.

El primer acto de las nueve cortes fué nombrar una comisión de diputados, compuesta por miembros de todos los grupos del parlamento, para estudiar las responsabilidades y proponer las sanciones. Esta comisión trabajó en los archivos oficiales al rededor de tres meses. Pudo, en consecuencia, distinguir a los culpables. Uno de sus miembros, diputado republicano y naturalmente, enemigo irreductible de los partidos monárquicos, me dijo entonces que lo único perfectamente averiguado por la comisión era la responsabilidad del Rey y de su camarilla militar y la debilidad de los políticos, manejados por ellos a su antojo.

Pues bien: pocas semanas antes de la presentación del informe de la comisión, se produjo el golpe de Barcelona. El Rey abandonó inmediatamente al gobierno y le entregó el poder al General Primo de Rivera. Se formó el directorio militar y su primer acto fué disolver el Congreso y borrar todos los rastros de la investigación sobre el desastre de Marruecos. La rigurosa censura en la prensa y en las actuaciones públicas ha impedido constantemente la más leve referencia al asunto. El Ateneo de Madrid ha sido clausurado precisamente porque intentó reanudar la campaña de la cual había sido uno de sus principales conductores.

Así el motivo y el objeto del golpe militar de Barcelona y el establecimiento del gobierno del General Primo de Rivera ha sido el de salvar la responsabilidad del Rey y su camarilla por el desastre de Marruecos. De este modo, el advenimiento del gobierno de Primo de Rivera significa, en realidad, un nuevo episodio de la lucha secular entre el pueblo y la monarquía. La apatía característica del pueblo ha borrado ya un poco, después de tres años, el significado del episodio. Pero lo histórico, lo profundo del caso ha quedado palpitante en el espíritu de algunos hombres nuevos, incontaminados con el ajetreo político del régimen y estremecidos por el futuro de nuestra gran nacionalidad.

Contra estos hombres acaba de arremeter el gobierno de Primo de Rivera. El destierro de Unamuno y de Jiménez Asúa y la prisión actual de Marañón significan un ataque a la conciencia más pura de España. En ellos se encarna el ideal del primer acto de la nacionalidad resurrexa. Es, naturalmente, en expresión política, un movimiento republicano, porque todo acto afirmativo de la hispanidad es por fuerza un acto contra la monarquía. La monarquía, por esto, se ha dado prisa en atacarlo en ellos.

Pero Marañón y Asúa no significan solamente una expresión del partidarismo republicano. Si no fuera sino esto, el gobierno no les habría atacado. Aparte la elevada significación mental específica de cada uno de ellos, ambos significan el espíritu de la hispanidad, irreductiblemente antagónico, desde luego, al alma corrompida y extranjera de la monarquía. Ni a Jiménez Asúa se le ha desterrado ni se ha encarcelado a Marañón por sus opiniones políticas, sino por su representación ideológica. O más claro todavía, por su representación científica. Con Asúa no ha incurrido en el odio de la monarquía el republicanismo, sino una nueva noción del derecho. Los estudiantes de América han oído hace poco su palabra y conocen directamente el valor de su ideología en contraste con el derecho feudal de la monarquía. Para destacarla con un ejemplo gráfico solo necesito dar un dato. El Rey acaba de concederle el Toisón de oro, la más alta condecoración del reino, al Duque de Alba, propietario, entre muchas otras, de sesenta y cuatro haciendas en Extremadura. Este homenaje al terrateniente es el mejor dato del régimen.

El caso Marañón es aún más grave para la monarquía y sus servidores. Marañón significa el antidonjuanismo. Es decir: el antiflamenquismo y al antichulapismo. La destrucción del mito don Juan es, en realidad, la destrucción de la esencia monárquica. Porque la monarquía es donjuanismo, flamenquismo y chulapería. El general Primo de Rivera es un flamenco andaluz. Fanfarrón, gárrulo, voluptuoso, catador profesional de mujeres, jugador de cartas y parroquiano de casino.

Con estas admirables cualidades flamencas sirve verbalmente a la monarquía. Sólo verbalmente. Porque la mano ominosa del gobierno no es él, sino el general Martínez Anido, ministro de la gobernación y antes trágico gobernador civil de Barcelona. Estos dos hombres encarnan los dos rasgos esenciales de la monarquía. El flamenquismo fingidor, oloroso a vino, y la perversidad trágica, muda, escondida en un rincón. Mientras Primo de Rivera va de jarana por los pueblos, Martínez Anido, oculto en el ministerio de gobernación, va preparando en toda España un estado igual al de Barce-

lona cuando ordenaba desde su despacho la matanza implacable de obreros.

Se equivocan quienes en América le atribuyen a Primo de Rivera la parte trágica de la dictadura. Primo de Rivera es, por el contrario, la parte alegre. La parte pintoresca y regocijante. El signo trágico es Martínez Anido. La dictadura contiene todos los matices históricos de la monarquía. El Sr. Yanguas, ministro de estado, representa a los jesuitas; el Sr. Calvo Sotelo, ministro de hacienda, es la encarnación de la secular ineptitud económica del estado, adornada, naturalmente, con la pedantería cursi del pobre diablo llegado a más; el duque de Tetuán, ministro de la guerra, es la imagen de la burocracia militar, del ejército de la monarquía, durante varios siglos derrotado en todas partes y sólo vencedor hasta ahora del verdadero ejército de España.

El gran odio de la pandilla monárquica no son, aunque lo finjan, los políticos. Su gran odio son los intelectuales. Porque los intelectuales como Marañón, y Asúa son quienes revelan hoy el espíritu de la nacionalidad, agobiado desde hace cuatro siglos por la monarquía. Por los flamencos y traidores de Carlos V y sus descendientes. La monarquía se burla de todas las propagandas revolucionarias más o menos retóricas. Pero cuando Maeztu habla del sentido reverencial del dinero, de la moral y la economía, la hiere el corazón. Porque la monarquía es el deudalismo, la explotación bárbara de los campesinos, el desbarajuste administrativo de América, el despilfarro y la voluptuosidad, la guerra con los Estados Unidos, las derrotas de Marruecos y hoy, con el rey actual y con la dictadura, una serie de negocios con los capitalistas norteamericanos. Cuando Marañón destruye el donjuanismo, destruye en realidad, su aparato sicológico. La sicología elemental de Primo de Rivera. Cuando Unamuno expresa su agonía desesperada, no lanza un grito personal, sino el alarido de los pueblos hispánicos. Cada uno de los intelectuales, de los intelectuales comprometidos en la emoción ascendrada de la raza, representa un destello glorioso de la nacionalidad, mientras la monarquía nos representa sus vergüenzas, sus pecados y su envilecimiento. La monarquía les odia por esto. Y les odia, además, por envidia. Porque cuanto dignifica hoy a España es obra de los intelectuales y cuanto la empequeñece y la degrada es producto de la monarquía.

El índice de nuestro deber en la lucha está en los acontecimientos actuales. Mientras la dictadura encarcela a Marañón y persigue y desprecia a los hombres ocupados en trabajar el futuro de nuestros pueblos, en incrementar su acervo espiritual y en definir su destino, don Alfonso XIII ha venido a rogar en la corte inglesa un puesto permanente para España en el consejo de la Liga de Naciones. Inglaterra, claro está, no es la corte autocrática de Napoleón, y España no logrará el puesto permanente en el consejo de la Liga. Pero esta figuración decorativa en Europa le interesa mucho a la monarquía. Todos los hombres sensibles de España, los intelectuales, viven con la mitad del alma en los pueblos hispánicos de América. La monarquía, por el contrario, desprecia y ha despreciado siempre a los pueblos hispanoamericanos. Porque la monarquía no puede sentir, ni ha sentido nunca, la emoción de nuestra raza. La monarquía es extranjera. Francesa o austriaca. En el palacio de Oriente hablan el castellano los criados. Los señores hablan francés, inglés y alemán. Esto no impide la campaña encarnizada de la dictadura contra una de las lenguas tan gloriosamente hispánica como la catalana. Y como extranjera, como típicamente europea, a la monarquía le interesa conservar sus conexiones con Europa, aunque sea por merced de las potencias europeas, y no le interesan los pueblos hispánicas de América, a los cuales ha tenido siempre en concepto de pueblos de servidumbre.

Toda la historia de la conquista y la colonización hispánicas de América está normada por el mismo símbolo. Los españoles netos le dieron a las tierras americanas su sangre y su vida. La monarquía, en cambio, desde Carlos V hasta Alfonso XIII, ha gastado constantemente el tesoro, la sangre y la historia de España, en defender sus ambiciones en Europa. En defenderlas con el heroísmo de los soldados españoles y después, cuando España se quedó cansada, con con la sangre misma del pueblo. Allí está el ejemplo de Marruecos. Mientras miles de soldados y oficiales han muerto heroicamente sin tener idea ninguna de la razón de su sacrificio, la monarquía ha sostenido años y años la campaña para mantener sus apariencias de conquistadora y para alimentar con toda clase de frutos a su camarilla de generales.

Por todo esto, la lucha contra la monarquía española es un deber común a todos los pueblos hispánicos. España es la esencia de nuestra nacionalidad, su motor y su núcleo. Gran parte de la decadencia de los pueblos hispanoamericanos se debe a la decadencia de España. Si España fuese poderosa y libre y vinculada con todos los movimientos de su espíritu a los pueblos hispánicos de América, la hispanidad no sufriría el martirio de Puerto Rico y de Filipinas ni la opresión de los déspotas americanos ni la absorción creciente de los anglosajones. Pero una España, la monárquica, ayuda a la opresión con sus alianzas financieras con los capitalistas anglosajones y con su alianza espiritual con todos los déspotas de América. Si es hispánica, de todos los hombres vinculados al espíritu de las libertades hispánicas de la raza nuestra, la gloria de la otra España, de la España hoy perseguida y en presidio, de todos son también sus pesadumbres y común a todos su ideal y la obligación de defenderlo.

CÉSAR FALCÓN.

Londres.



Página lírica

de Gregorio Gutiérrez González

A Julia

Juntos tú y yo vinimos a la vida,
llena tú de hermosura y yo de amor;
a ti vencido yo, tú a mí vencida,
nos hallamos por fin juntos los dos!

Y como ruedan mansas, adormidas,
juntas las ondas en tranquila mar,
nuestras dos existencias siempre unidas
por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
sigue tu planta mi resuelto pie;
y de la senda en la áspera pendiente
a mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso a paso,
marchamos con descuido al porvenir,
sin temor de mirar el triste ocaso
donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreir sonrío,
reclinado en tu seno angelical,
de ese inocente corazón, que es mío,
arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
en tu limpia mirada vense arder,
al través de dos lágrimas brillantes
que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico rüido
de dos flautas lejanas, cuyo són
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
en un beso castísimo de amor;
como el grato perfume que esparcieron
flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
y eso me basta para ser feliz!

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
bajo una misma lápida los dos!
Más mi muerte jamás tus ojos lloren!
Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

1850

Por qué no canto?

A *Domingo Díaz Granados*

¿Por qué no canto? ¿Has visto a la paloma
que cuando asoma en el oriente el sol
con tierno arrullo su canción levanta,
y alegre canta
la dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
y ardiente lanza rayos del cenit,
que fatigada tiende silenciosa
ala amorosa
sobre su nido, y calla y, es feliz?

Todos cantamos en la edad primera,
cuando hechicera inspíranos la edad,
y publicamos necios, indiscretos,
muchos secretos
que el corazón debiera sepultar!

Cuando al encuentro del placer salimos,
cuando sentimos el primer amor,
entusiasmados de placer cantamos
y evaporamos
nuestra dicha al compás de una canción!

Pero después... nuestro placer guardamos,
como ocultamos el mayor pesar;
porque es mejor en soledad el llanto,
y crece tánto
nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro, retirado asilo
puede tranquilo el corazón gozar;
sólo en secreto sus favores presta
siempre modesta
la que el hombre llamó *felicidad.*

¿Conoces tú la flor de batatilla,
la flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
crece a la sombra,
mas se marchita con la luz del sol!

Debe cantar el que en su pecho siente
que brota ardiente su primer amor;
debe cantar el corazón que, herido,
llora afligido,
si ha de ser inmortal su inspiración!

Porque la lira, en cuyo pie grabado
un nombre amado por nosotros fué,
debe a los cielos levantar sus notas,
o hacer que rotas
todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero ¡cantar cuando insegura y muerta
la voz incierta triste sonará...!
Pero cantar cuando jamás se eleva
y el aire lleva
perdida la canción, triste es cantar!

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado
de enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar cuando impotentes vemos
que no podemos
nuestras voces unir a su canción!

Más tú debes cantar. Tú con tu acento
al sentimiento más nobleza das;
tus versos pueden fáciles y tiernos
hacer eternos
tu nombre y tu laud... Debes cantar!

Canta, y arrulle tu canción sabrosa
mi silenciosa, humilde oscuridad!
Canta, que es sólo a los aplausos dado
con eco prolongado
tu voz interrumpir!... Debes cantar!

Pero no puedes, como yo he podido,
en el olvido sepultarte tú;
que sin cesar y por doquier resuena
y el aire llena
la dulce vibración de tu laud.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo
el genio tuyo ostenta su fanal;
y huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

Una lágrima

I

Te ví, te amó mi corazón de niño
con delirio virginal y santo.
Yo era tan joven y te amaba tánto...!
que fué mi pecho para ti un altar.
Con tu desdén o con tu amor soñando
en mis horas de pena o de alegría,
por mi mejilla juvenil sentía
silenciosa una lágrima rodar.

II

Fuiste la luz de mi primer mañana,
fuiste el objeto de mi amor primero,
el bendecido y mágico lucero
que alumbró la ilusión de mi niñez.
Y desde entonces sin cesar sentía
al palpitar mi corazón amante,
por mi marchito y pálido semblante,
deslizarse esa lágrima otra vez.

III

En el delirio de mi amor ardiente,
en tu hermosura o tu candor veía
del cristiano a la cándida María,
del musulmán la voluptuosa Hurí.
Y delirante y ciego quise entonces
arrojarme a tus plantas y adorarte,
mas sólo pude en mi ansiedad mostrarte
que rodaba una lágrima por ti.

IV

Pero después tu corazón de ángel
contra mi pecho palpitó inocente,
y con su fuego se tiñó tu frente
del suavísimo velo del pudor.
Y al beber el amor en tu mirada
y con el fuego de tus labios rojos,
sentí brotar de mis ardientes ojos
una quemante lágrima de amor.

V

Todo pasó. Tu nombre solamente
como un vago recuerdo me ha quedado,
y el fuego abrasador, casi apagado,
de mi ardiente, extraviada juventud.
Y hoy otra vez al ensayar mis cantos
vertí al recuerdo de tan bella historia
una lágrima ardiente a tu memoria
que humedeció las cuerdas del laud.

Áures

De peñón en peñón turbias saltando
las aguas de Áures descender se ven;
la roca de granito socavado
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
entretejido, el verde carrizal,
como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,
como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado a su sombra, cuántas veces
ví mi casa a lo lejos blanquear,
paloma oculta entre el ramaje verde,
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonce el alma
fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques,
correr los años de mi infancia ví;
los poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
Basta: las penas tienen su pudor,
y nombres hay que nunca se pronuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
blanco-azulado el humo del hogar;
ya ese fuego lo enciende mano extraña,
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
ve de la tarde a la rosada luz
la amarila vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
al pasado su mágico color;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer, sueños de amor,
heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca... y esperanza, adiós!

(Del tomo POESÍAS de Gregorio Gutiérrez González.—Bogotá, 1881)

Tacna y Arica

Señor don J. García Monge.
Pte.

Mi esclarecido amigo: he leído en su hospitalario REPERTORIO la carta que don A. Torres Rioseco, profesor chileno de una universidad norteamericana, le dirige, solicitando palabras de luz de los pensadores de Hispanoamérica que encaucen el eterno asunto inmóvil de Tacna y Arica. Los sentimientos que agitan el pecho del señor Torres son vehementes. En menos de una página hallo este cúmulo de expresiones de brocha gorda: «barbarie, espectáculo miserable, cochinadas, bárbaros, canallocracia adinerada y glotona, brutos, pícaros, hipocresía, lobos, brutalmente, máscaras de infamia, actitud criminal», etc. A primera vista sorprende, en boca de un chileno, el panfleto contra su nación, pero yo me atrevería a defender el patriotismo del exasperado profesor. Uno puede creer que al decir de su país que en él existen—como en todos los demás—garitos, prostíbulos y clubs hípicos, ha expresado contra él un anatema formidable; e imaginar que basta deprimir a su patria desde el extranjero, para sugerir que defiende algún superior ideal humano de inenarrable nobleza; y entender que el tremendo hilo vital de los acontecimientos históricos es pura añagaza y negocio de una clase cualquiera; y, con todo, conservar una peculiar modalidad patriótica, no por acibarada y vociferante menos real. «Perú sabe muy bien, dice el señor Torres, que no puede sostener una guerra sin perder otra costilla». «Chile no abandonará el huesito de la discordia tan fácilmente, a menos que nos amedrenten los acorazados yanquis anclados en Arica». Estoy seguro de que, si por desdicha, el Gobierno de Chile llamase a sus connacionales a ventilar las dificultades que la increible incompetencia de los Estados Unidos ha dejado, no sólo en pie, sino agravadas, no sería él de los últimos en correr afanoso al cuartel. Le exaltaría entonces su patriotismo fisiológico, como hoy le arrebata su idealismo americano y humanitario. El señor Torres tiene un temperamento pródigo en el impulso.

Ciudadanos como él, no son ciertamente inútiles. El desasosiego es, aunque negativo, una forma de vida. La protesta es, aunque estéril, algo que momentáneamente redime del sedentarismo. Pero no espero gran cosa de la oratoria candente, imprecadora, que en nuestros jóvenes países parece querer substituir a la de los tropos floridos y variadas evocaciones cósmicas.

Denuncia el señor Torres algo importante: los Estados Unidos, en cuyo seno vive y cuyas palpitaciones recoge, se proponen obtener de Bolivia, convertida en posesora de Arica, el puerto a que aspiran en el Sur del Pacífico. Contra este propósito — que ciertamente condena—el señor Torres sugiere una campaña por los intelectuales contra los gobernantes de Chile y del Perú. Sin entrar en las responsabilidades que a estos incumban (y recuérdese que fué la diplomacia peruana la que se negó a aceptar otro árbitro que el Presidente de los Estados Unidos), la acción que inicia el señor Torres resulta inadecuada, si los por él interpelados se ciñen a preparar una especie de ambiente revolucionario, que favorecería a Norte América, de no abortar. Con todo, lo más probable es que ni en este caso, como en tantos otros, se pueda elaborar una opinión concorde americana, ni quepa apelar a poetas líricos, cuentistas, filósofos e historiadores para resolver una cuestión política, de considerable enjundia por la disputa en sí, a pesar de la insignificancia de lo que parece debatirse. Pero sabido es que los pueblos se pelean no sólo por prendas, sino también por símbolos de preponderancia.

Y en técnica política (algo muy distinto de una pura tramitación jurídica, y del juego de falsas simetrías en que se complace cierto humanitarismo mal entendido), la mejor solución, la que debe desear toda Hispanoamérica, es ésta: Tacna y Arica para los menos mediatizados, para los más capaces,—por los combinados prestigios del carácter viril y la flexibilidad diplomática,—para constituir el primer baluarte contra la acción invasora de otra raza. Emplear el mismo rasero para las personalidades étnicas homogéneas en libre y franco desarrollo con las poco homogéneas y gustosamente sometidas, sería una aberración que convertiría a toda la América de lengua española en receptáculo de razas inferiores y museo de renacidos coloniajes. No soy chileno, pero conozco muy bien que se equivoca el señor Torres al suponer que el ochenta por ciento de sus compatriotas (rige en Chile la instrucción obligatoria) son analfabetos. Y que se engaña al hablar de un millón de esclavos, en un país al que Alessandri dotó de avanzada legislación social. No obstante, lo que en el pleito de Tacna y Arica importa a todos los hispanoamericanos es que, en bien de la vitalización de la raza, no se favorezca, recurso propio de mediatizadores, al país políticamente inferior, al compuesto de los que más posiblemente procederían ante los Estados Unidos como analfabetas de la libertad y esclavos del ajeno favor. Tal es mi modesto parecer.

Con mi mejor abrazo,

HESPÉRICUS

San José, 4 agosto, 1926.

La magia de Liszt

Hay una obra de Beethoven, conocida con el nombre de sonata en do sostenido menor, cuyo adagio es una de esas poesías que el lenguaje humano no sabe cómo designar. Sus medios de acción son bien sencillos: la mano izquierda despliega suavemente amplios acordes de carácter triste y solemne y cuya duración permite a las vibraciones del piano extinguirse gradualmente sobre cada uno de ellos; arriba, los dedos inferiores de la mano derecha ejecutan en arpegios un esbozo de acompañamiento obstinado cuya forma casi no varía desde el primero hasta el último compás, en tanto que los demás dedos dejan oír como una lamentación, eflorescencia melódica de la sombría armonía. Un día, treinta años ha, Liszt, que ejecutaba este adagio ante una pequeña reunión, de la que yo formaba parte, tuvo a bien desnaturalizarla, siguiendo la costumbre que había adoptado para hacerse aplaudir del público elegante: en vez de esas largas suspensiones de los bajos, en vez de la severa uniformidad de ritmo y de movimiento de que acabo de hablar, intercaló vibraciones, trémolos, avivó y refrenó el compás, turbando así por acentos apasionados la calma de aquella tristeza y haciendo rugir el trueno en el cielo sin nubes que sólo fué ensombrecido por la puesta del sol... Padecí cruelmente, lo confieso, más de cuanto nunca he padecido al oír a nuestras desdichadas cantantes bordar la gran aria de Freyschutz; porque a esta tortura añadíase el disgusto de ver a semejante artista caer en una relajación en que geneneralmente no caen sino las medianías. Pero ¿qué se podía hacer? A la sazón era Liszt como los niños qué, sin quejarse, se levantan por sí solos de una caída que fingimos no ver y que gritan si se les tiende la mano. Se ha levantado arrogantemente; por eso, años después, ya no era él quien corría en pos del éxito, sino que éste le perseguía sin aliento: habíanse trocado los papeles... Volvamos a la sonata. Ultimamente, uno de esos hombres de corazón y talento que tanto gusta a los artistas encontrar, reunió a varios amigos, a mí entre ellos. Llegó Liszt por la noche, y viendo que se había entablado una discusión acerca de una pieza de Wéber que el público, ora por lo mediocre de la ejecución, ora por alguna otra causa, había recibido tristemente en un concierto reciente, sentóse al piano para responder a su manera a los antagonistas de Wéber. El argumento fué convincente, y hubo que reconocer que no se había comprendido una obra genial. Al terminar Liszt, la lámpara que iluminaba el aposento pareció próxima a apagarse: uno de nosotros fué a reavivarla.

—Déjela—le dije—; esta semiobscuridad no perjudicará nada si quiere ejecutar el adagio en do sostenido menor de Beethoven.

—Con mucho gusto —respondió Liszt—; pero apaguen totalmente la luz y tapen la lumbre; que sea completa la obscuridad.

Entonces, en medio de aquellas tinieblas, tras un instante de recogimiento, la noble elegía, la misma que en otro tiempo había desfigurado de tan extraña manera, elevóse en toda su simplicidad sublime; no se añadió una sola nota ni un solo acento a los acentos y notas del autor. Era aquello la sombra de Beethoven evocada por el virtuoso y cuya gran voz oíamos. Todos temblábamos en silencio, y después del último acorde seguimos callados..., llorábamos.

H. Berlioz.

La música es el corazón de la vida. Por ella habla el amor; sin ella no hay bien posible, y con ella todo es bello.—Liszt.

La música habla la lengua más universal; gracías a ella se siente el alma libre y exitada de un modo indecible; con ella se siente siempre el alma como en su patria.—Schumann.

Las notas tienen un sentido por lo menos tan determinado como las palabras aunque éstas no sean capaces de traducirlo.—Mendelsshon.

—Estoy triste! para establecer entre nosotros una comunicación simpática deseo que mañana a las once de la noche, toque usted el Momento musical de Schubert; yo tocaré a igual hora la misma pieza y pensaré en usted.

Si usted no hace lo que le digo, mañana habrá un corazón dolorosamente herido; ese corazón será el mío.—Schumann.

(Envío de E.)

Las torres del inalámbrico

En esta noche del trópico, tibia y fragante, una brisa delgada que sopla de Norte a Sur nos da una grata sensación de bienestar que hace que sintamos la vida sedante y amable.

Después de mirar largo rato las constelaciones rutilantes del Sur, volvemos la vista hacia las torres de un inalámbrico que se destacan contra el cielo cual una aguafuerte, y su complicada armazón nos hace figurar una construcción hecha de encajes por las sabias manos de alguna hada milagrosa. A ratos, al pasar por detrás alguna caprichosa nube viajadora, parece que oscilaran con cierto leve balanceo, con un ritmo que se acuerda con el de los luceros cintilantes. A las veces, estas frágiles torres son como dos pescadoras de estrellas en la noche ilímite. ¿Las ideas de los hombres que ellas trasmiten, irán más allá, más allá de las regiones siderales?

En las mañanas claras y radiantes, los pájaros del parque vuelan hasta sus antenas y allí posados improvisan vivas escalas de trinos, que nos hacen pensar en dulces mensajes de armonía. Repentinamente, por algún golpe de viento, estos pájaros obscuros tienden el vuelo en largos zig-zags, y nos dan la impresión de alados pensamientos lanzados hacia tierras desconocidas.

Yo admiro a estas dos torres frágiles que son como dos hermanas gemelas, como dos centinelas que se alzan sobre la ciudad, como dos faros que nos ponen en contacto con los hombres de otras tierras y nos traen noticias de otros mundos, y más las admiro porque imagino que tienen cierta superioridad sobre algunas almas herméticas y egoístas, que poseedoras de ideas y conocimientos útiles a la humanidad, guardan un silencio menguado que las hace despreciables.

Estas dos torres, al menos, son trasmisoras de pensamientos fraternales sobre el haz de la tierra. Si pudiéramos infundirles un soplo anímico, diríamos de ellas que tienen un espíritu apostólico, capaz de enlazar dos corazones al través del espacio.

Blanca Milanés

San José, Costa Rica,
Junio 1.º de 1926.

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de **10** cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscricion anual, aislada y directa: **$ 6** oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adr. del Repertorio Americano
Ap. Letra X
San José de Costa Rica, C. A.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica